

aclararlo, era prudente y justo abandonar la discusión á los sabios que deseaban exercitar sus plumas sobre estos objetos, sin que fuese un negocio serio para la Iglesia la diversidad de sus opiniones.

Por cuya razon han pretendido injustamente los protestantes hallar en la obra de Pascasio Ratberto el primer manual de la doctrina católica sobre la presencia real, y sobre la transubstanciación; porque, además de que repite muchas veces este autor que nada escribe de nuevo, que sus aserciones son la enseñanza de toda la Iglesia, y que las verdades que expone no tienen mas contrarios que á los infieles y á los impíos, es facil convenirse repasando los escritos de Pascasio y de Ratramno, en los quales toda la disputa se reduce á un puro equívoco. Conviene Pascasio en que la Eucaristía es á un mismo tiempo verdad y figura; verdad, porque contiene real y substancialmente el cuerpo y la sangre de Jesu-christo; figura, porque este cuerpo y sangre están cubiertos como de un velo por especies exteriores y sensibles. Pretendia Ratramno que se explicase con mas claridad este último carácter de la Eucaristía, y que se diese el nombre de figura á las especies sacramentales, así por el sentido mas general, como por el recelo sin duda de que no se les confundiese con el mismo sacramento. Se separaba tambien de Pascasio en quanto pretendia que el cuerpo de Jesu-christo tiene en la Eucaristía una diferente manera de ser que en la cruz y en el cielo, esto es, que en la cruz y en el cielo el cuerpo de Jesu-christo no está escondido baxo apariencias extrañas, en lugar de que en la Eucaristía no se muestra sino baxo el velo de especies, que es lo que llamaban figura Ratramno y los demas contrarios de Pascasio. Era necesario estar muy ciego para no conocer quan opuesta es esta doctrina á la de los protestantes.

Añadamos una reflexion, y se reduce á que no es posible concebir que la religion christiana haya jamas existido un solo dia sin el dogma de la presencia real; cuyo dogma comprehende la esencia misma del christianismo, y á él se refieren todas las partes del culto sagrado, y por lo mismo en los primitivos tiempos de la Iglesia no habia mas culto que la celebracion del misterio eucarístico. Quitemos á la religion la Eucaristía, reduzcámos á una simple figura el sacrificio y el sacramento, y destruiremos su culto ex-

terior, que no tiene mas motivo, mas objeto, ni otro fin; y de consiguiente no podremos saber con qué mira se juntaban los fieles con tanta exáctitud desde el tiempo de los apóstoles para celebrar unos misterios que tomaban de los profanos. A quién, pues, se persuadirá que un monge desde lo interior de un monasterio de Picardia, sin mas auxilio que la pluma haya tenido la habilidad de hacer recibir el dogma incomprehensible y nuevo de la presencia real en la iglesia de Francia, en las de España, de Inglaterra, de Germania, en la iglesia de Roma, tan zelosa en la conservación de sus antiguas tradiciones, y tan vigilante en reprimir la novedad, y en una palabra, en todo el Occidente? Quando fuese creíble un hecho de esta naturaleza, faltaria siempre saber; cómo ha podido restablecerse este dogma de la iglesia Griega, á quien Pascasio y su libro eran igualmente desconocidos? Cómo las comuniones christianas de Siria, de Egipto y de Etiopia, separadas de los griegos y de los latinos, le han abrazado con ellas, y le conservaron en medio de su cisma? Cómo todos los padres, todas las liturgias, desde los tiempos de los apóstoles, hasta el noveno siglo no tenían sobre este punto sino un mismo lenguaje? Cómo finalmente entre todos los monumentos eclesiásticos de la edad en que ha vivido Pascasio Ratberto, no hay alguno que le reprehenda una innovacion de esta importancia, y que reclame en favor de la antigua fe? Ved aquí dificultades insuperables: sin embargo, se han empeñado los protestantes en destruir las, atacando la creencia de la iglesia Romana, tocante á la presencia real de Jesu-christo en la Eucaristía.

ARTICULO VIII.

Personages ilustres en la Iglesia por sus virtudes, ó por su talento.

Tenemos ya dicho muchas cosas de los teólogos de este siglo, en el que fueron casi los únicos sabios. Asimismo nos ha hecho conocer la serie de la historia muchos personajes santos que honraron á la Iglesia con sus virtudes, al mismo tiempo que con su zelo defendian la fe. Así para evitar repeticiones, creemos debernos limitar á la noticia de los hombres mas ilustres, y á los mas distinguidos

escritores del Oriente y del Occidente; por tanto, completaremos el artículo de la literatura eclesiástica, que habemos tratado en los artículos precedentes.

Principiemos por san Nicéforo, patriarca de Constantinopla, aun mas recomendable por sus virtudes y sus sufrimientos por la fe, que por los escritos que nos restan de él. Era de un ilustre nacimiento, y su padre exercia en la corte el distinguido empleo de secretario del emperador. Incurrió en la desgracia de Coprónimo por su afición al culto de las imágenes. El talento natural y adquirido aumentaban en Nicéforo las ventajas exteriores, y le podian conducir á la fortuna mas alta; pero la corrupcion que reynaba en la corte le hacia fastidiosa una mansion en que era preciso participar de los vicios para merecer sus ascensos. Se retiró á un monasterio, en donde no se ocupaba sino en afirmarse en las grandes verdades de la religion, y en fortalecerse en la virtud, quando fué elegido para colocarle en la silla patriarcal de Constantinopla, despues de la muerte de Taraiso en 806. Estaba igualmente versado en las ciencias profanas, y en las materias eclesiásticas; pero lo que le hizo preciosa su memoria en la Iglesia no fué su gran sabiduría, sino su zelo por la disciplina, y su inclinación inviolable á las verdades combatidas por los errores de su tiempo. Miétras que recibia la sagrada unción, habia prometido á Dios sufrir todos los trabajos del mundo, antes que consentir jamas en cosa que fuese contraria á las reglas santas de la Iglesia, y á los intereses de la fe. Tan fiel, como generoso en el cumplimiento de esta resolución, resistió con un valor invencible á todos los esfuerzos del emperador Leon el Armenio, enemigo de las santas imágenes, y perséguidor de los católicos. En pago de su firmeza fué desterrado Nicéforo á un monasterio, en donde despues de catorce años de destierro murió santamente en 828. Conservamos de este piadoso y sabio patriarca dos obras de cronología y de historia, que sirven para aclarar muchos hechos curiosos acontecidos en el tiempo que abraza. Las demas obras suyas quedaron casi todas manuscritas, y tienen por principal objeto la refutación de los iconoclastas; y los sabios las encuentran difusas, llenas de digresiones, de repeticiones, cargadas de declamación, y de un estilo poco atractivo; sin embargo, no dexan de ser preciosas, así por la individualidad con que el

autor describe y entra en las objeciones de los iconoclastas, de las quales ninguna omite, como ni tampoco las respuestas de los católicos, como por un gran número de pasages sacados de diversos escritos de los padres, que no llegaron á nosotros.

San Teodoro Studita merece ser colocado en este artículo, no tanto por su talento literario y por la bondad de sus obras, quanto por su excelente virtud y sus continuos sufrimientos por la fe. Diósele el sobrenombre de Studita, porque era abad de un monasterio fundado por el cónsul Studio. Le atraxo grandes persecuciones su zelo por la conservacion de la disciplina eclesiástica, y por el culto de las sagradas imágenes; tanto de parte de Constantino Porphirogeneto, de quien desaprobaba el casamiento con Teodora, contraído viviendo aun María su primera esposa, como por parte de los príncipes iconoclastas. La prisión, el castigo cruel de azotes y el destierro probaron su valor durante la mayor parte de su vida, que terminó en 826 con una muerte preciosa delante de Dios. Miguel Studita, autor de su vida, y uno de sus discípulos, dice que habia escrito mayor número de obras, y que se han perdido. Su pequeño catecismo que conservamos, es un curso de instrucciones, ó de conferencias hechas á sus monges sobre todas las fiestas del año, y sobre muchos asuntos de piedad. El mayor, que existe aun manuscrito, contiene discursos mas extensos sobre todas las obligaciones de la vida monástica. Se han publicado doscientas setenta y cinco cartas suyas; mas la coleccion entera comprehende cerca de mil, que no han sido aun impresas. Por lo pronto habia parecido opuesto este santo abad al segundo concilio de Nicea, el qual hallaba dificultad de colocarle en el número de los sínodos ecuménicos; mas en lo sucesivo se retractó de viva voz y por escrito, declamando que era su voluntad que no se tuviese alguna consideración tocante á lo que habia dicho contrario á la autoridad de esta asamblea.

Hemos representado á Focio como autor de un cisma funesto, cuyas deplorables consecuencias hacen aun gemir á la Iglesia despues de tantos siglos; y así, aquí solo le consideraremos por lo que respecta á su espíritu y á su talento: por los quales, su nombre, tan cubierto de oprobrio en los fastos de la religion, se conservó con honor.

en la historia literaria. Qué dichoso, si hablara sabido dirigir á mejor fin los dones raros y preciosos con que la naturaleza y el trabajo le habian enriquecido! No hubo quizá jamas ingenio de mas extension, entendimiento mas bien dispuesto, hombre mas estudioso, ni filósofo de una erudicion mas vasta y mas varia. Poseía las buenas letras, la filosofía, la astronomía, la matemática, la teología, todas las ciencias, y todas las artes; y su pluma, que sucesivamente sabia tomar todas las formas y todos los estilos, pasaba de una materia á otra; y las trataba con tanta facilidad y tan profundamente, como si en cada una de ellas se hubiese ocupado toda su vida. Su gusto era acre, su critica clara, y su manera de escribir siempre pura y corriente; se acomodaba á todos los estilos desde el mas sencillo hasta el mas sublime; y las obras que tenemos suyas son prueba de este elogio. El profundo estudio que habia hecho de los antiguos monumentos de la ciencia eclesiastica produjo la coleccion llamada *Homocanon*, que es una sabia recopilacion de todos los cánones que estaban en observancia en la iglesia Griega desde los tiempos apostólicos, y de las leyes imperiales que allí se refieren. Este cuerpo, el mas completo de decisiones canónicas que se ha visto hasta ahora; está distribuido en catorce títulos, y cada título dividido en muchos capítulos; según la abundancia y diversidad de objetos, comprendidos baxo la division general. Su inmensa lectura, su vasta erudicion, su critica fina y juiciosa; concitieron á formar la obra inapreciable, y tan conocida de los sabios con el título de *Biblioteca*; en la qual da un extracto metódico de ciento y ochenta volúmenes que habia leído y apreciado; que es el fondo mas rico de literatura y de filosofía que nos ha quedado de toda la antigüedad; y lo que sobre todo aumenta mas su estimacion son las noticias de cantidad de obras perdidas que allí se encuentran; y fragmentos considerables de libros consumidos icon el tiempo; y que ha conservado el compilador. No es de admirar que esta biblioteca de Focio no haya dado la idea tan útil de los diarios literarios á los sabios de Constantinopla, que debian llevar algun día las luces de las artes al Occidente? Invencion reservada á tiempos muy posteriores, y que tanto contribuyó á perfeccionar el gusto entre los modernos. Finalmente, se admira en las cartas del famoso patriarca la

variedad prodigiosa de sus conocimientos, y la gracia del estilo que siempre toma el tomo conveniente á la materia. Son en número de doscientos y quarenta y ocho; y en tanta cantidad no hay una que no sea interesante, ya sea por el fondo de las materias, ya sea por la manera con que estan tratadas. El mérito incontestable de todas estas obras hace sentir á los sabios que el público no se halla en estado de gozar por medio de la impresion de aquellas que quedaron manuscritas.

Teodoro Aboucara, metropolitano de Caria, fué uno de los obispos, que estando incluidos en el cisma de Focio, se presentaron al octavo concilio en la segunda session, y fueron admitidos en las siguientes en el número de los padres, baxo el arrepentimiento que testificaron de sus faltas. El sobrenombre de Aboucara que le han dado viene del árabe, y significa padre de Caria. Con el nombre de este obispo tenemos un gran número de opúsculos ó pequeños tratados dogmáticos. Pretenden los críticos que no son suyos todos; pero de todos hacen aprecio, á causa de la fuerza y de la precision con que se trata cada objeto en esta obra. Se cuentan hasta quarenta y tres, espaciados en diferentes colecciones de monumentos eclesiásticos, y principalmente en las que son conocidas con el título de *Bibliotecas de los padres*; y tratan todos sobre materias de controversia, en que se conoce que estaba muy versado el autor en el género polémico, y que conocia á fondo la doctrina de todos los hereges, sus principios, sus argumentos y sus objeciones. Su método de discusion es limpio y desembarazado de todo pensamiento extraño al asunto que se propone aclarar; su razonamiento es claro y conveniente, sus pruebas son luminosas, fuertes y fáciles de comprender. Parecía hábil en la lengua arábica, y le era familiar la teología de los musulmanes; y por lo mismo ha dirigido contra estos principalmente sus ataques. Analiza y rebate sabiamente todas las partes del sistema que habian formado despues del alcoran, en que ha seguido casi siempre la forma de diálogo como la mas propia al descubrimiento de las verdades especulativas, y á la refutacion de las dificultades que allí se oponen.

Por la universalidad de sus conocimientos y fecundidad de su pluma fué Alcuino el mas célebre de todos los literatos del Occidente. Nació en Inglaterra en 735, y fué

educado en el monasterio de Yorck, baxo la disciplina de Egberto, el hombre mas sabio, y el profesor de mas fama que hubo en aquella isla. Las lecciones que recibió Alcuino en este asilo formaron á un tiempo su entendimiento en las ciencias, y su corazon en la virtud, é hizo tan rápidos progresos, que á la edad de diez y ocho años, llamado su maestro para la silla episcopal de Yorck, le confió la enseñanza de las letras, y la direccion de una escuela, en que hubiera temido que la reputacion degenerase baxo qualquiera otro director. Amaba mucho las ciencias Carlo Magno, para no percibir quanto podia contribuir el jóven profesor ingles para el grande proyecto que tenia formado de desterrar la ignorancia y la barbarie de su imperio; á cuyo fin se aficionaba á todos los hombres de mérito que se hallaban en estado de adelantarlo, y de consiguiente, fué buscado Alcuino por el monarca frances, que se puso en persona á la frente de sus discipulos en aquel famoso liceo, que se llamaba la escuela de palacio. La familia real, los oficiales del príncipe, y la nobleza mas alta vinieron allí á estudiar los elementos de las ciencias eclesiásticas y profanas, baxo un maestro tanto mas considerado, quanto le honraba el soberano con su confianza. Se entregó Alcuino á estos útiles ejercicios, y los interrumpió algunas veces para desempeñar algunas negociaciones importantes que le encargaba Carlo Magno, en que mostró otra tanta habilidad en la política, quanto tenia en todas las partes de la literatura. En medio de una corte brillante, en que todos los hombres colocados eran sus discipulos ó sus amigos, no perdió Alcuino el gusto al retiro, como tan necesario al hombre de letras para conservar las fuerzas de su alma, y aprovechar sus instantes. Fué, pues, á buscar en la abadía de san Martín de Tours, para la qual habia sido provisto con otros muchos, este reposo porque tanto suspiraba, que no fué con pretexto de ociosidad; pues allí volvió á tomar la enseñanza pública de las ciencias, y compuso la mayor parte que nos ha quedado de sus obras; las que se reunieron en un mismo cuerpo á principios del siglo pasado, y contienen todas las ciencias que formaban entónces el curso de los estudios públicos; pero son mas propias para hacernos conocer el estado de las letras, y del entendimiento humano en tiempo de Alcuino, que para darnos una alta idea de su talento;

y no es porque no se encuentre mucha erudicion, y una extension grande de conocimientos, sino porque, aunque haya dado tratados de gramática, de retórica y de dialéctica, hay en ellos poca elegancia y correccion de estilo, poco adorno en sus discursos, ó son de mal gusto, y frecuentemente poco enlace en sus razonamientos; y así sería injusto si se apreciassen sus trabajos á vista de las luces que hemos adquirido despues del siglo en que vivió. La estimacion de Carlo Magno, que duró hasta su muerte, y los servicios que hizo á la Iglesia, combatiendo los errores de su tiempo, y entre otros los de Felix y de Elipando, son los fundamentos sólidos de su gloria. Perdieron la Francia y las letras á este piadoso y sabio abad en 804.

Nació san Benito de Aniano, cuyo verdadero nombre era Heurticio, en la Septimania, hoy Langüedoc, en 751, de una titulada y antigua familia. Era su padre conde de Maguelona, ciudad episcopal, cuya silla se transfirió á Montpellier en el siglo decimosexto. Fué enviado Benito en su infancia á la corte de Pepino, que le nombró page de la reyna Bertrada. Tuvo despues el empleo de copero, que estaba exerciendo, quando tocado de la gracia resolvió dexar el mundo para consagrarse enteramente á Dios; y executando este piadoso designio, se retiró al monasterio de Sainte-Seine, en la diócesis de Langues, en donde pasó siete años en los ejercicios de la vida mas austera, quando se creyó obligado á huir, para evitar el cargo de abad, que le querian precisar á tomar. Se volvió á su patria, y para vivir desconocido se encerró en una ermita sobre las riberas de un arroyo que se llamaba Aniano. No permaneció allí mucho tiempo sin que adquiriese por sus virtudes la fama de que queria huir. Vino á ponerse una multitud de discipulos baxo su direccion, y bien pronto su ermita llegó á ser uno de los monasterios mas numerosos que hubo en el Occidente, y una escuela de regularidad, en la qual la disciplina monástica, ya tan degenerada en la mayor parte de las casas religiosas, se hallaba en todo su vigor, y florecian igualmente las ciencias por el cuidado de un superior que reunia el amor de las letras al zelo de la virtud, llegando á ser el santo abad en toda la Francia un nuevo patriarca del orden monástico. Su gobierno y su vigilancia abrazaban un gran número de monasterios fundados con colonias del de Aniano. Carlo

Magno y Ludovico Pio le miraban con aprecio, y le consultaban frecuentemente sobre los asuntos de la Iglesia, y sobre los medios que debian tomarse para el restablecimiento de la disciplina en los monasterios en que el espíritu mundano habia introducido el olvido de la regla. Debió sin duda á sus trabajos, y á su zelo por la gloria del estado monástico, de quien era el mas bello ornamento, el nombre de san Benito, que se miraba como el primer legislador en el Occidente. Quería Ludovico Pio que le acompañase siempre para auxiliárle con sus consejos; conciliaba Benito lo que debía á este príncipe con su amor al retiro, fixando su residencia en el monasterio de Undo, que estaba á dos leguas de Aquisgran, en donde tenia su corte el emperador, y allí murió en 821. Nos han quedado de este santo abad dos obras, una intitulada *Código de las reglas*, que es una coleccion dividida en tres partes, de la qual la primera contiene las reglas de los monges de Oriente, la segunda la de los de Occidente, y la tercera de las monjas: la otra se titula *Concordia de las reglas*, y es una compilacion de diferentes prácticas observadas en los monasterios en que estaba la regla en la mejor observancia: en todas se hace relacion á los diferentes capítulos de la regla de san Benito, y por esta disposicion pueden servir de comentario suyo.

En un siglo ilustrado y de gusto hubiera podido Teodulfo, obispo de Orleans, elevarse á la perfeccion en aquellos géneros en que no hay acierto, sino reuniendo el genio de la invectiva á las riquezas de una imaginacion brillante y fecunda. Habia nacido para a poesía, y sus poemas, á pesar del mal gusto, son los mejores que se hicieron despues de los bellos dias de la literatura romana hasta su tiempo, en que se encuentran pensamientos nobles, imágenes graciosas, elevacion, poesía y aun armonía, aunque el secreto del lisongero encanto, del feliz entusiasmo, que hace solo componer buenos versos, y sin el qual no hay verdadera poesía, fué totalmente desconocido á sus contemporaneos; y por lo mismo solo faltó á su talento haber vivido baxo la influencia de un siglo ilustrado, que hiciera un estudio serio de los principios y de las reglas, y conociera la necesidad de caminar sobre las huellas de los buenos modelos; pero el talento poético de Teodulfo no es sino una pequeña parte de su mérito. Qualidades

mas sólidas y mas útiles colocaron su nombre entre los prelados mas ilustres que la iglesia de Francia tiene la gloria de haber poseido. Era de una estirpe esclarecida, y su nombre hace creer que traia su origen de los godos ó de los lombardos. Carlo Magno, que no omitia ocasion de atraer á los hombres de mérito, le hizo venir á su corte, y no tardó en darle muestras de su estimacion; y para ponerle en estado de servir á la Iglesia, le confirió este príncipe el obispado de Orleans y la abadía de Fleury, conocida mas por el nombre de san Benito sobre el Loire. Elevado á la clase de los primeros pastores, desempeñó Teodulfo su obligacion con un zelo y una caridad, que le ganaron todos los corazones. Se aplicó especialmente á reformar las costumbres de su clerecía, á desterrar los abusos, y á combatir la ignorancia, que es su manantial ordinario. La ciencia y la regularidad hicieron bien pronto á sus eclesiásticos dignos de ser propuestos por modelos á la clerecía de otras diócesis. Nada tenia su zelo de imperioso ni duro, y por lo mismo procuraba merecer la confianza de los que queria atraer á la virtud, persuadido á que se hace de los hombres lo que se quiere, quando se ha conseguido hacerse dueño de sus corazones. Formaban su carácter la dulzura, la humanidad y benevolencia, y como todas las buenas almas, ponía su felicidad en hacer bien, y en aliviar la miseria con socorros señalados oportunamente; pero aunque Ludovico Pio conoció bien el mérito de Teodulfo, encontró medio la calumnia de malquistarle con este príncipe débil y desconfiado. Se le acusó de haber tenido parte en la rebelion de Bernardo, rey de Italia, sobrino de Ludovico, y aunque no hubo pruebas contra él, una prision de tres años fué la resulta de las sospechas que se habian hecho contra su fidelidad. El lugar de su arresto fué un monasterio de la ciudad de Angers, en donde permaneció tres años, y al cabo habiéndose reconocido su inocencia, obtuvo la licencia de restituirse á su diócesis, mas en el mismo dia que se puso en camino fué acometido de la enfermedad de que murió poco tiempo despues en el año 821. Consagró á la defensa de las verdades católicas este virtuoso y sabio pastor el tiempo que le quedaba despues de la instruccion de su pueblo, y demas cargos del ministerio episcopal. Nos ha robado el tiempo la obra que habia hecho contra un error, que se dirigia á renovar en

Occidente el veneno del arrianismo; y de sus sermones solo nos han quedado algunos fragmentos, por los cuales se puede juzgar bastantemente que hablaba en público con una noble simplicidad, y que sus discursos eran recomendables por la unción y los afectos de piedad que sabia esparcir en ellos. Nos resta un monumento precioso de su zelo por la disciplina que es un capitular dirigido á los presbíteros de su diócesis, y destinado á instruirles en las reglas que debian seguir en el ejercicio del santo ministerio; en el qual refiere todos los principios de la moral christiana, y todas las obligaciones, cuya práctica deben inspirar los pastores á la porcion del rebaño que les es confiado; á que sigue el curso del año eclesiástico, y se detiene segun el asunto lo pide en las solemnidades, en las ceremonias particulares, y en las prácticas religiosas de cada tiempo. Se encuentra en cada artículo de esta obra interesante el hombre instruido, el pastor zeloso, y el escritor ilustrado y metódico; y es una de las mejores fuentes en que se puede beber el espíritu verdadero de la Iglesia, y el conocimiento de la disciplina que estaba en observancia en el siglo de Teodulfo.

Amalario, clérigo de la iglesia de Metz, y despues corepiscopo de Leon, es asimismo uno de los autores infinitamente útiles para demostrar la union de la disciplina y del presente culto con los usos de la antigüedad. Su tratado grande de los oficios eclesiásticos, dividido en quatro libros, y dedicado al emperador Ludovico Pio, es sobre todo estimable por esta razon ó título. En él se ve que desde el 830, época de esta obra, el orden de las fiestas, la distribucion del tiempo, las partes del oficio, las oraciones que le componen, las ceremonias particulares pertenecientes á las diversas solemnidades, eran con corta diferencia lo mismo que aun son actualmente en la iglesia Romana. Quando su antigüedad no se remontase mas, dexarian de ser aun bien respetables? Pero Amalario las representa como muy antiguas en su tiempo, y del mismo modo hablaban san Gregorio el Grande, y su predecesor el papa Gelasio, como lo hemos visto, dando noticia de sus sacramentarios. Será necesario mas para demostrar la santidad y el origen augusto de los sagrados ritos, y de las partes diferentes del culto divino? En el libro primero pone Amalario las misas de todo el año, en el segundo describe

las ceremonias y las oraciones de la ordenacion ú órdenes, segun las diferentes reglas de la cléricatura, explica en el tercero el ordinario de la misa, ciñéndose á dar la razon literal ó mística de cada accion y de cada oracion del presbíte; y finalmente expone en el quarto consecutivamente el orden y diferentes partes del oficio eclesiástico, así de dia como de noche. Se explica Amalario sobre el dogma y la presencia real, y sobre la transubstanciacion de las especies sacramentales en el cuerpo y sangre de Jesu-christo con los términos mas claros; lo que es un testimonio irrefragable y auténtico de la antigua fe de la Iglesia: primeramente porque escribia este autor en un tiempo en que metia mucho ruido en Francia la obra de Pascasio Ratberto; y en segundo lugar, porque Agoberto, arzobispo de Leon, y Floro, diácono de la misma iglesia, habiendo negado algunos puntos que les desagradaron en el libro de Amalario, no hubieran dexado de quitar artículos tan importantes, si en ellos hubiesen encontrado opiniones contrarias á la doctrina universal de los pastores.

En las cercanías de Maguncia y de Fulda nació Rabano en 788 de una de las mas ilustres familias de este país, éste es el que descubrió las opiniones peligrosas de Gothescalco, y que fué su primer juez. De edad de 10 años sus padres le ofrecieron al monasterio de Fulda, en donde fué educado en las letras y en la virtud, anunciando en sus primeros estudios un talento tan sobresaliente, que le enviaron sus superiores á Tréveris para perfeccionarse en las ciencias baxo el célebre Alcuino, en cuya escuela hizo tan grandes progresos, que á los treinta años ya tenia una reputacion grande de sabiduría. De vuelta á su patria fué electo abad del monasterio en que habia aprendido los primeros elementos de las ciencias, y mamado la leche de la piedad. Trabajó con utilidad en reconciliar á Ludovico Pio con sus hijos, que injustamente se le habian revelado, y con este motivo publicó un tratado sobre la obligacion de los hijos para con los padres, y de los vasallos para con sus soberanos; y elevado en 847 á la silla de Maguncia, desempeñó con mucho zelo, vigilancia y caridad todas las obligaciones de su obispado. Fué su vida la de un prelado estudioso, aplicado, bienhechor, atento al socorro de su rebaño, y cuidadoso de apartar todo espíritu de novedad, tan difícil de desarraigar, quando se le da tiempo de ha-

cer algún progreso. Se pone su muerte en el año de 836 á la edad de ochenta y un años, no habiendo obtenido sino nueve años la silla de Maguncia, en que habia sido colocado á los setenta y dos años. Fué largo tiempo preciosa su memoria á su pueblo, que le habia dado el sobrenombre glorioso de padre de los pobres por su caridad tierna y generosa para con los infieles, de que alimentaba hasta trescientos, y frecuentemente comia con ellos en una misma mesa. Habia leído mucho este piadoso y docto arzobispo en las obras de los padres y de los antiguos escritores eclesiásticos, de que habia sacado toda su erudicion, y de consiguiente sus obras solo se reducen á extractos de ellos, formando una coleccion inmensa en seis volúmenes en folio, en los cuales se descubre mas bien el trabajo de un recopilador laborioso, que el genio de un escritor que piensa originalmente, y contienen largos comentarios sobre la santa Escritura, homilias poco eloqüentes, algunos tratados teológicos, una institucion de la clerecía, en que da consejos sabios para la conducta y costumbres de los clérigos, una grande obra en que se pasa revista á todas las ciencias en que se ocupaban en aquel tiempo, y un martirologio de que se pueden sacar algunas luces para la escritura eclesiástica. Todo esto está escrito de una manera débil, difusa, incorrecta, y con un lujo de erudicion, que frecuentemente solo sirve para separar al escritor de su asunto, y para fatigar al lector: sus versos aun valen ménos que su prosa. Si se tuviese la paciencia de leer todos sus escritos, se hallaria que despues de haber corrido una carrera penosa no se aprenderia mucho: mas á pesar de este juicio severo, sin faltar á lo justo, no se puede negar que Rabano ha sido una de las mas grandes lumbreras de la Iglesia, y uno de los mas sabios del siglo nono.

Hincmaro, que fué el oráculo de la iglesia de Francia, el alma de los concilios, y el ornamento del episcopado, era de un nacimiento ilustre, y descendia de Bernardo, conde de Tolosa; y habiendo sido educado en el monasterio de San Dionisio, aun jóven, contribuyó mucho á la reforma de esta abadía que habia caido en relaxacion. Ludovico Pio, que conocia su mérito y su habilidad en los negocios, le sacó de este retiro para fixarle en la corte, en donde se distinguió por su talento superior; y conociendo los obispos su mucha capacidad para servir á la Iglesia

por su gran sabiduría, y el buen concepto que gozaba, en un concilio celebrado en Beauvais en 845, le nombraron de comun acuerdo para ocupar la silla de Rheims, que habia dos años se hallaba vacante, en cuyo puesto eminente manifestó Hincmaro toda la capacidad que tenia para la direccion de los negocios y gobierno de los hombres. Durante todo el curso de su episcopado, que duró cerca de treinta años, no pasó cosa importante en la Iglesia y en el estado en que no haya tenido la mayor parte, se le consultaba sobre todo, y los obispos le miraban como á su maestro y su guía; habiendo mostrado su zelo por la fe en el negocio de Gothescalco. Se ha pretendido que usó de una severidad excesiva contra un monge vagabundo convencido de error en muchos concilios, y siempre obstinado; mas es cierto que si su doctrina del predestinacionismo inductiva á desesperacion no ha hecho entonces mas progresos, consistió en la firmeza de Hincmaro, á que es deudora la Iglesia de Francia. No era ménos zeloso en mantener el nervio de la disciplina eclesiástica, y en conservar los derechos del episcopado, que en rebatir los ataques del error, declarando constantemente la guerra á la ignorancia, á los vicios, á los abusos; y mas de una vez resistió con valor á las empresas aun de los mismos papas. Se reprehendió en este prelado un carácter altivo, y una inflexibilidad que no era quizá sino efecto de aquel zelo ardiente, y de aquel amor inviolable de las reglas que en una alma firme, severa, enemiga del vicio, é inaccesible á las consideraciones humanas, toma algunas veces el exterior de un humor imperioso y duro. Mas quando concediesemos que Hincmaro llevó muy adelante en algunas ocasiones el rigor de sus procedimientos, no será ménos cierto, que no empleó jamas esta severidad que se encuentra excesiva sino en los violadores de las reglas canónicas, y en los enemigos de la fe. Hizo una translacion pomposa del cuerpo de san Remigio, que se halló entero y sin corrupcion, y colocándole en una urna de plata, le depositó en una bóveda ricamente adornada, que á propósito habia hecho construir. Jamas quiso consentir en la division de estas venerables reliquias, diciendo que no era justo destruir y separar lo que Dios habia conservado por un milagro evidente. Estaba tan aplicado á la conservacion de este precioso depósito, que habiendo venido los normandos á po-

ner el sitio de Rheims, que estaba indefensa y sin murallas, hizo sacar durante la noche la urna del cuerpo santo, para conducirla á Espinal, adonde se habia hecho llevar él mismo en una silla, á causa de sus muchos años y debilidad, en cuyo parage terminó sus dias en 882. Los escritos que ha dexado sobre diferentes materias de dogma, de moral y de disciplina, componen dos volúmenes en folio; en los que se percibe un grande conocimiento de la escritura, de los padres, de los concilios, mucha erudicion, una lectura prodigiosa, y sobre todo un estudio profundo de las materias canónicas, á cuya parte de la ciencia eclesiástica se habia aplicado singularmente, y se aventajaba en ella; y quando no hubiera de este autor sino sus capitulares ó estatutos sinodales, bastarian para su gloria. El zelo por la disciplina no habia aun producido este género; pues se encuentran en sus obras todas las reglas, y todos los avisos propios á dirigir los sacerdotes encargados del santo ministerio, en la instruccion de los pueblos, en la celebracion de los oficios, en la administracion de los sacramentos, y en las demas funciones sagradas. Sus cartas, que en la mayor parte son especies de tratados, contienen discusiones útiles y sabias sobre diferentes puntos relativos á la disciplina y al gobierno de la Iglesia. En quanto á su estilo, ademas de los defectos notorios de los escritores de este siglo, está tan cortado con partículas, y tan cargado de citas, que su lectura se halla frecuentemente pesada y embarazosa, y que con dificultad se encuentra el orden y la claridad aun mas necesaria en las obras de discusion que en otras algunas.

Anastasio, por sobrenombre el Bibliotecario, fué sin duda en el noveno siglo uno de los hombres mas sabios y mas laboriosos escritores del Occidente; pues poseia la erudicion de Alcuino y de Hincmaro, pero con mas gusto, con mas finura y eleccion. En 870 se presentó con esplendor en Constantinopla, y adquirió una grande reputacion en esta capital del imperio de Oriente. El emperador Luis II le habia enviado embaxador allí en compañía de dos condes, para tratar el casamiento de su hija con el hijo de Basilio. Se celebraba á la sazón el octavo concilio general, en el que Anastasio fué de un gran socorro á los legados por el perfecto conocimiento que tenia de las dos lenguas griega y latina, y traduxo, como ya lo tenemos dicho, las actas de este concilio en latin, y de cuya traduccion

sacamos el relato de lo que se pasó en él. Su gran sabiduría, y la general estimacion que gozaba, le pusieron en el número de los sabios de su tiempo, como Focio, Hincmaro &c.; y si es cierto que vivió hasta el año de 886, como lo pretenden algunos, sirvió á la iglesia Romana baxo cinco papas, Adriano II., Juan VIII., Marino Martin II., Adriano III. y Esteban V. Estaba destinado á esta iglesia en calidad de bibliotecario, empleo importante, porque á él se hallaba sin duda unido el de guarda de los archivos. Ademas de la version de las actas del octavo concilio, y de las del séptimo que habia asimismo unido á ellas, conservamos de él una vida de los papas, desde san Pedro hasta Nicolao I., de la qual se cree que los primeros pedazos son de otra mano, una coleccion de piezas sobre el monotelismo, y una historia eclesiástica, sacada de la de Nicéforo, de Georgio Sincelo y de Teófanés, cuyas obras estan escritas en griego. Se nota en todo lo que salió de la pluma de Anastasio un discernimiento y una crítica, que en vano se buscara en los demas escritores de este siglo, y por estas qualidades tan raras en aquel tiempo parece se podia comparar al célebre Focio (a).

(a) Deben asimismo colocarse entre los escritores de este siglo san Eulogio mártir, electo arzobispo de Toledo, natural de Córdoba, y de las primeras familias, cuya vida, virtudes y martirio que padeció en Córdoba en tiempo del rey Mahomad, escribió su patriota y amigo Paulo Alvaro, quien asimismo da noticia de sus escritos que se imprimieron en un tomo en folio en Alcalá de Henares en 1574, ilustrado con exquisitas notas por Ambrosio de Morales, que dedicó esta edicion al ilustrísimo señor Don Pedro Ponce de Leon, obispo de Plasencia. La primera de sus obras que intitula *Divi Eulogii martyris cordubensis doctoris & electi archiepiscopi toletani liber memorialis sanctorum ab ipso inscriptus*. Se compone de quatro libros: en el primero refuta san Eulogio los principales puntos de la secta mahometana, hace patentes las maldades y crueldades de los sarracenos, y concluye con una exhortacion á los fieles para la perseverancia en la defensa de la religion christiana, aunque sea á costa del martirio, &c. En el segundo da razon de las acciones mas señaladas de los santos que padecieron martirio en Córdoba, declarando sus nombres, patria y dia de su fallecimiento, y del concilio que se celebró en Córdoba de resultados de esta persecucion, &c. En el tercero cuenta las terribles persecuciones que movió el rey mahometano Mahomad contra los christianos, y martirios que estos padecieron: y el quarto contiene este título particular, *Apologeticus sanctorum martyrum*: en el qual refiere la vida y martirio de los santos Rodrigo y Salomon, &c. Sigue otro escrito de san Eulogio, intitulado *Documentum martyriale*, que compuso, hallándose en la cárcel, para las santas vírgenes Flora y María, en el qual las exhorta á la perseverancia en la fe, &c. Hay una carta de san Eulogio á Witte-sindo, obispo de Pamplona, dirigiéndole las reliquias de los santos